

—todos se sienten *liberals*, salvo L. Woolf, que adhiere al socialismo. Y antiimperialistas. Hacen alarde de su escepticismo en materia religiosa y hay quienes se proclaman rotundamente ateos. El grupo de Bloomsbury ha nacido.

Junto a su curiosidad intelectual aparece también el deseo de dar otro tono a la vida. No hay que olvidar que los «bloomsberries» son individualistas y esgrimen como fin supremo el goce estético. Tienen gustos sofisticados y se mueven dentro de un ambiente bohemio, más libre, del que se destierra cualquier sobrevivencia de la moral victoriana. Y también hay lugar para el *sense of fun*. Sus bromas, a veces, pecan de irreverentes como cuando se hacen pasar por el emperador de Abisinia y su séquito para visitar el acorazado *Dreadnought*. Ríen hasta las lágrimas (que dejan surcos blancos en su improvisada piel morena) de la situación en que han puesto a los oficiales de la sacrosanta Royal Navy.

Sin embargo, este nuevo estilo, lleno de *savoir-faire*, lleva implícitos los límites que establecen las buenas maneras y, en última instancia, su origen aristocrático. Porque la mayoría de los «bloomsberries» pertenecen a la clase dirigente, salvo Leonard Woolf, que se reconoce a sí mismo como recién llegado a las clases liberales «rompiendo con un *status* de tenderos judíos». En su Autobiografía señala, con idéntica objetividad, la idiosincrasia de algunos de los miembros de Bloomsbury: «Los Stephen, los Strachey y los Thackeray vivían en un complejo entramado de raíces y ramificaciones que se extendían por todas partes a través de las clases liberales superiores, las familias terratenientes y la aristocracia. En lo social —sigue L. Woolf— asumían subconscientemente cosas que yo no hubiera podido asumir jamás consciente ni inconscientemente...».

El grupo de Bloomsbury pronto se convierte en la *intelligentzia* de su tiempo. Pero su aire elitista molesta a mucha gente. También sus opiniones, por lo general audaces y en varias ocasiones cáusticas. «Son escarabajos que pican como escorpiones», dice de ellos D. H. Lawrence sin ocultar su odio. Los «bloomsberries» no se alteran. Quienes pertenecen al *establishment* son ellos y tanto se los mima que hasta se les permiten actitudes rebeldes. Tal vez porque se sabe que, de verdad, cambian menos de lo que creen.

Después de una extraña propuesta matrimonial de Lytton Strachey a Virginia Stephen —extraña porque ninguno de los dos lo quería—, ella, en una carta a su amiga Violet Dickinson, en 1912, le cuenta que va a casarse con «un judío sin cinco», pero que la hace «más feliz de lo que nadie me había contado que era posible serlo»: Leonard Woolf.

Con el casamiento, Leonard y Virginia comienzan a alejarse del grupo. Seguramente influyó el trabajo de Virginia (está escribiendo su primera novela, *Fin de viaje*) y su precaria salud.

Al comenzar la guerra de 1914, el grupo de Bloomsbury se dispersa. Algunos se reúnen en lo de Lady Ottoline Morrell, pero ya sin el fervor de los viejos tiempos.

En 1916 una ley de reclutamiento vuelve a congregar a los miembros de Bloomsbury. Todos son pacifistas, objetores de conciencia y quieren manifestarlo. Luego, cuando Leonard crea el Club 17 para las reuniones socialistas, se forma una especie de segunda generación de Bloomsbury. Virginia ve con escasa simpatía a mucha de esta gente —«los cabezas rapadas», el «inframundo», los llama con desdén— en los que encuentra más oportunismo que talento.

En realidad, el espíritu de Bloomsbury no se recompone nunca más.

#### THE HOGARTH PRESS

La experiencia matrimonial de los primeros años fue, evidentemente, insatisfactoria para Virginia, que se debate entre su escasa «vehemencia» (es decir, una marcada frigidez), la frustración de ser madre y una vida cotidiana que se va deteriorando por las exigencias de su labor creadora y la aparición de la enfermedad: insomnios, jaquecas, pulsaciones aceleradas y luego la depresión. Para Leonard estos años de matrimonio debieron de ser infernales.

En realidad, ese período que comienza el mismo año del matrimonio, 1912, hace crisis al año siguiente con el intento de suicidio (el segundo) de Virginia; es el anuncio de lo que será la constante —con diferencias de intensidad— en la unión de los Woolf: la lucha contra la locura de Virginia. Leonard da pruebas de una devoción, de una paciencia, infinitas.

En medio de la depresión de Virginia, Leonard hace el traslado a una vieja casa, Hogarth House, que les ha gustado. Los primeros meses son de pesadilla. Para distraer a Virginia pasan un tiempo en el campo. De vuelta se renueva la fantasía que se hicieron al ver Hogarth House: comprar una imprenta y tener un *bulldog*. La fantasía toma cuerpo y alienta a Virginia. Deciden tomar clases de artes gráficas, pero todo queda en proyectos: no se aceptan aficionados. La solución es simple: aprender en un tratado y luego practicar; claro que eso requerirá tener el dinero suficiente para poder comprar una máquina. Por fin, en marzo de 1917, compran una impresora en Farringdon Road y la instalan en el comedor de la casa, que, poco a poco,

se convierte en Hogarth Press. La labor editorial se inicia con *The mark on the wall*, de V. W., y *Three Jews*, de Leonard Woolf.

Virginia alterna su tarea de crítica literaria con el trabajo en la imprenta, que comienza a abrumarla. Lo que empezó como un *hobby* (y, secretamente para Leonard, como laborterapia para Virginia) ya es un oficio que le deja escaso tiempo para escribir. Además, es preciso buscar otros autores. Virginia decide visitar a Katherine Mansfield para ofrecerle publicar un cuento.

Se inicia allí una amistad profunda y conflictiva. Las dos se admiran, pero ninguna se muestra dispuesta a aceptar a su contendiente tal como es. K. M. ha tenido una vida aventurera, rica en experiencias, más libre, y no ha conocido la estabilidad del mundo de Virginia. Tal vez por eso detesta los convencionalismos, las formas establecidas. Virginia lamenta la vulgaridad de K. M., siempre «tan emperifollada con cosas baratas», aunque reconoce que, cuando supera esta impresión, Katherine es «tan inteligente, tan inescrutable, que paga con creces su amistad». A su vez, K. M. se las arregla para hacerla sentir a Virginia pretenciosa y para darle conciencia de lo soso que resulta ser siempre «respetable». Tras de esta contienda sorda, se advierte la verdadera causa: la rivalidad como escritoras. «Es el único escritor del que he sentido celos», confiesa V. W.

Hogarth Press crece y se consolida. El fondo editorial se va ampliando con cuentos de Katherine Mansfield, los *Poemas*, de T. S. Eliot; *The Critic in Judgement*, de Middleton Murry; *Kew Gardens*, de la propia Virginia, ilustrado por Vanessa Bell. A partir de 1924, comienza la publicación de la obra de Freud.

#### UNA FLOR PARA VIRGINIA

Una tarde de invierno de 1939, los Woolf van a conocer a Sigmund Freud en su retiro de Hampstead. Hace sólo unos meses que ha llegado a Inglaterra y se ha encerrado en su casa, rodeado de libros y de antigüedades egipcias, ya sin mayor fuerza para desplazarse, deteriorado como está por un cáncer de mandíbula. Virginia queda conmovida por este «viejo fuego que ahora brilla con luz mortecina». Leonard, en cambio, ve en Freud «un halo de grandeza, no de celebridad» que irradia este «hombre genial».

En la entrevista, Freud le ofrece una flor a Virginia. Un gesto amable que, sin embargo, no logra borrar el cortés distanciamiento que prevalece en el recuerdo de los Woolf.

Meses más tarde, V. W. anota en su diario: «Anoche comencé a leer a Freud para ampliar la circunferencia; para dar a mi cerebro